

## Primera parte: en el Ejército Zapatista

Nací en el pueblo de Ayutla, Puebla, el día 6 de enero de 1900. Mis padres fueron Joaquín Cortés y Otilia García; mi padre me registró en la jefatura política con el nombre de Sabino el día 8 de Enero de 1900 a las diez de la mañana y en la tarde me bautizaron en el templo de Santo Domingo, en el Distrito de Izúcar de Matamoros, Puebla. A petición de mi madrina y del sacerdote pusiéronme por nombre Teófilo Sabino de Jesús, que en toda mi vida no quise aceptar pues reconozco como mi verdadero nombre el de Sabino Cortés García, que está asentado en el libro del Registro Civil, en Puebla.

En ese tiempo la mayor parte de la gente éramos muy pobres y en todas partes los jornaleros ganaban veinticinco a treinta y un centavos diarios por trabajar desde las cuatro de la mañana hasta el obscurecer, recibiendo siempre malos tratos de parte de los mayordomos de las haciendas y demás patrones en trabajos de campo.

Por ese motivo mis padres nos traían de lugar en lugar buscando acomodarse mejor para podernos dar el sustento, que era muy limitado para toda la familia, que estaba compuesta por: mi papá Joaquín, mi mamá Otilia, mi hermano Manuel, yo en segundo lugar, Tiburcio y María, todos chicos sin poder trabajar para ayudar a mi papá.

En 1907, vivíamos en Chietla Puebla, cuando resultó muerto mi papá en un rancho en Temazcalapa donde trabajaba de gañán, murió de enfermedad y lo levantó la autoridad de una vereda donde estaba tirado. Lo vi por último en una camilla en la presidencia de Chietla y de allí remitieron el cadáver para Chiahutla para hacerle la autopsia y darle sepultura; ese pueblo era de mayor categoría que Chietla.

En ese pueblo quedamos huérfanos al cuidado de mi mamá, quien nos mantenía vendiendo tortillas en la plaza. Allí vivimos hasta 1909 y una tía pariente de mi papá, quiso llevarme a vivir con ella a Cuautla, Morelos, y estuve a su lado hasta el mes de diciembre de 1910.

Mi tía Micaela, que así se llamaba, me llevó a paseo a México y me tocó ver el Centenario de la Independencia y vi, por primera y última vez, al General Porfirio Díaz. Cuando regresamos a Cuautla, yo me volví muy perverso y mi tía ya no me pudo soportar; escribió a mi mamá, que ya vivía en San Martín Totoltepec, pues allí la llevó un señor que se llamaba Tiburcio Villalba, quien era nuestro padrastro.

Este señor era muy duro para con nosotros, nos pegaba mucho y cruelmente, al fin no éramos sus hijos y mi mamá aceptaba y daba por bien hecho el mal trato que recibíamos de dicho señor.

Así las cosas, a principios de 1911 pasaban y merodeaban gavillas de gente mal armada que se nombraban maderistas, perseguidos siempre por los soldados del gobierno porfirista (los pelones y los rurales). En ese pueblo donde vivíamos tuvieron varios tiroteos; pasábamos muy buenos sustos pero a mí en mi interior me daban ganas de andar echando bala y recibiendo las corretizas y derrotas que recibían los revolucionarios por parte del gobierno.

Yo siempre pensaba entre mí y sin decírselo a nadie, que de estar sufriendo golpizas y maltratos de mi padrastro, mejor irme a la revolución aunque me mataran; eran estos mis deseos de todo corazón porque me causaba admiración ver entre los rebeldes a muchachos chiquillos montados a caballo y armados de unas carabinas 44 y máuseres de un tiro (una de las armas) y yo quería andar también. Así seguí con los deseos de irme a la revolución, hasta por fin me anime resueltamente y me mandaron al campo a rastrear una acahualera seca con una burra arrastrando ramas, pero como a las diez de la mañana vi que en el camino real que va rumbo a Tiopantlán estaba pasando un grupo de rebeldes y de inmediato amarré la bestia con todo y rastra de ramas, colgué el bule de agua y el bastimento y corrí al camino a decirles a tres individuos que iban a caballo armados: “oigan señores, ¿como haré o a quien le digo para agregarme con esta gente que está pasando desde hace rato?, quiero irme con ustedes a la Revolución”. Esto fue en el mes de abril de 1912 cuando yo tenía 13 años de edad.

Pues los tres se quedaron mirando y se rieron. Tal vez por ver mi nerviosismo y resolución de mi solicitud tan repentina.

Uno de los tres se llamaba Rafael Enríquez y era cabecilla de un grupo como de 10 a 15 hombres y le dijo a uno de los que iban atrás que llevaba un caballo de mano (matalote): “oye tu Macedonio préstale a ese chamaco el caballo y toma esta cobija para que la doblen y se la pongan en el lomo para que el chamaco no se vaya en pelo, y llegando a Huehuetlan el grande allí lo vamos a anotar en la lista para que ya lo tomen en cuenta”. Allí monté a caballo, y aunque sin arma, pero ya hacia bulto. Llegamos a Huehuetlán y nos fuimos a acuartelar en una huertas allí me mandaron a cortar zacate para los caballos y les iba a dar agua. Para comer, me mandaban a pedir tortillas a las casas, y con cualquier tostón o veinte que me daban compraba blanquillos, que me los vendían a dos por cuartilla o sea a centavo y medio cada huevo, las más de las veces todo conseguía regalado.

### **Reconcentración de fuerzas para ir al ataque**

Allí estuvimos en ese pueblo, como 12 o 15 días porque diariamente estaban llegando partidas de muchas partes de los estados de Puebla, de Morelos y hasta de Guerrero.

Entonces, a mí ya me dieron una carabina vieja y un cuerno para que lo acabara de arreglar y adelgazarlo con vidrios para poderlo silbar y fue entonces cuando ya me consideraba como todo un elemento de la revolución. Nos reunimos en ese lugar como dos mil hombres, todos de caballería, pero mi caballo sin silla porque no había de sobra.

Todas las fuerzas allí reunidas pertenecían al mando supremo del señor General Francisco Mendoza a quien todos reconocíamos y respetábamos como Jefe de la División del Ejercito Libertador del Sur y Centro del que era el jefe máximo el General en Jefe Emiliano Zapata.

Desde esas fechas yo ya me di cuenta y me fijaba que en todos los informes y órdenes dictadas por el Cuartel General. Nuestro lema fue Reforma, Libertad, Justicia y Ley.

## Mi Primer Combate

Una vez reunidos en Huehuetlán el grande, un día menos pensado circuló la noticia de que ya íbamos a salir, y a pocos momentos los ayudantes del Estado Mayor del General Francisco Mendoza anduvieron avisando a todos los cuarteles y campamentos que todas las tropas se reconcentraran en el centro del pueblo para recibir órdenes de marcha y para tal objeto comenzó el silbadero de cuernos por todas partes anunciando el movimiento de salida. Todos sentíamos una emoción como tristeza, gusto, miedo y yo con más razón por ser la primera vez que me encontraba formando parte entre miles de hombres todos vestidos de camisa y calzones de manta, huaraches y sombreros de palma; contados eran los jefes y algunos oficiales que traían sombreros galoneados con lentejuelas y pantalones charros con botonadura de hueso y plata.

Emprendimos la marcha rumbo al oriente, caminamos todo el resto del día y parte de la noche. Como a las 11 de la noche llegamos a un pueblo que se llama Huatlatauca, donde hicimos un alto como a las tres horas sin separarse nadie de las filas ni dispersarse. El general mandó llamar a todos los jefes y comandantes para hacerles conocer el dispositivo de combate. Ya todos nos dimos cuenta que se trataba de atacar la plaza del distrito de Tepeji.

Al continuar la marcha, notamos que algunas columnas se cortaban a la derecha, otras a la izquierda y poco a poco iba disminuyendo el grueso de las columnas. Yo siempre montado a caballo pero sin montura, cansadísimo de no llevar ningún apoyo en estribos y casi una llaga en el cóccix.

Al fin, como a las cinco de la mañana llegamos a la orilla del pueblo y echamos pie a tierra permaneciendo con los caballos de mano; entonces Rafael Enríquez nos hizo saber que se iba a romper el fuego cuando la banda de guerra del Gobierno comenzara a tocar diana.

Para mi buena suerte, por esa calle salía un comerciante que llevaba tres burritos cargados con suelas de huarache y correas, enseguida quité el fuste del burro en que iba montado y un rollo de correas y luego se lo puse a mi caballo y le amarre las cobijas en los tientos y quedé mas tranquilo para ir mejor en caso de la retirada, como así fue, en efecto. Tal como estaba previsto comenzó a tocar diana la banda de guerra y comenzó también la balacera por todo el perímetro de la ciudad; al principio a mí se me hacia una cosa extraña y nunca en mi vida había sentido los efectos de un combate; pero pasada una hora me revestí de valor y a los gritos de unos y otros también seguí avanzando sobre las trincheras y me socorrió la suerte con una máuser que le quité a un “pelón” muerto y se acabo el miedo, yo ya me consideré como todo un combatiente.

Peleamos todo el día y como a las ocho de la noche me nombraron en una fracción para llevar la caballada a darle pastura a una hacienda cercana donde había mucha hoja; y por la mañana volvimos al mismo puesto a auxiliar a la gente que se había quedado a combatir toda la noche. Ese día como a las once empezó la alarma de que por el camino de Acatlán venía el gobierno a reforzar la guarnición; y efectivamente venían dos compañías de infantería y nos hicieron retroceder, así es que no pudimos tomar la plaza y emprendimos la retirada.





































